

ASALTO Y SAQUEO DEL PALACIO DE ALDAMA, EN 1869.

Por Roig de Leuchsenring.

El 24 de enero de 1869 - domingo, también, como el 24 de enero de este año de 1937 - fué asaltada y saqueada por las turbas de voluntarios españoles la espléndida y suntuosa residencia que en la Calzada de la Reina, al costado del Campo de Marte, en esta capital, poseía el rico hacendado e insigne patricio habanero Domingo de Aldama y Alfonso.

No fué este suceso un hecho aislado y extemporaneo en aquellos días, sino que está ligado a los diversos incidentes ocurridos durante el corto gobierno del capitán general Domingo Dulce y Garay, marqués de Castel Flotite, y que tuvieron por causa primordial, más que el encono, ya en aquella época existente, entre españoles y cubanos, la hostilidad que desde el inicio de su mando sufrió Dulce por parte de sus compatriotas, y entre éstos los voluntarios, de manera especial, que los juzgaban débil, tolerante y hasta en complicidad con algunos de los principales jefes revolucionarios, los Aldamas, entre ellos, llegando uno de los más reaccionarios historiadores de la época, Gil Gelpi y Ferro, a afirmar en su Album Histórico Fotográfico de la Guerra de Cuba que los Aldamas tenían "intima amistad con el general Dulce", y acusándolo de parcialidad tan manifiesta que, después del asalto "quiso que se formara causa criminal a un pobre voluntario contra el cual no faltó quien declarara en falso".

Ya vimos, en el artículo que dedicamos hace tres semanas a la

DOCUMENTAL
BIBLIOTECA DEL MEMORIAL

trágica noche de Villanueva, cómo los disturbios en las calles de la Ciudad durante el gobierno de Dulce, se iniciaron el 12 de enero, con motivo de un registro y sorpresa de armas en la calle del Carmen, repitiéndose en el entierro del joven cubano Camilo Cepeda muerto en la Cárcel y ~~durante las representaciones~~ ^{durante las funciones de bufos} ofrecidas en el teatro de Villanueva los días 13 y 21.

El día 24 por la noche, al pasar frente al café El Louvre, en la esquina de Prado y San Rafael, una compañía de voluntarios, con el pretexto de haber oído un tiro, que según Francisco Javier Balmaseda en su libro Los Confinados a Fernando Poo "a nadie hizo daño y que tal vez sería el crugido de una puerta cerrada con violencia", los referidos voluntarios hicieron una descarga cerrada contra el salón de aquel famoso café, donde se hallaban sentadas tranquilamente muchas personas tomando sorbetes y refrescos, "muy ajenas - agrega dicho historiador - de pensar en la muerte, ni de presumir que en el corazón de una ciudad culta, en el centro más animado y bello de la capital de la reina de las Antillas se tuviese menos seguridad que en los ~~montes~~ ^{montes} de Sierra Morena cuando albergaban los bandidos más desarmados de España".

Fué realmente un simple pretexto aprovechado por los voluntarios que desde hacía días andaban por las calles de la ciudad en grupos, sable en mano, embriagándose en las bodegas, deteniendo los carruajes de las familias que encontraban a su paso y obligando a los transeuntes a gritar "viva España", e insultando a los vecinos que cometían la indiscreción de asomarse a los balcones o ventanas; todo lo cual había obligado al general Dulce a dar la orden de que patrullas de marineros de los buques de guerra que se encontraban en el puerto, recorriesen la población para tranquilizar a los ve-

88

cinos e impedir adquiriese mayor gravedad los desafueros de los voluntarios.

Los disparos hechos contra el café El Louvre, repetidos al incorporarse mayor número de voluntarios a la compañía que inició la descarga, ocasionaron numerosos heridos. El público trató de huir pero fué atacado a la bayoneta, "y a los pocos instantes - refiere Balmaseda - el salón era un lago de sangre, yacían en el suelo siete cadáveres y se oían los ayes lastimosos de innumerables heridos".

Corrida la voz entre los voluntarios, que desde las primeras horas de la mañana se encontraban en actitud bélica, después de suspendida, por la lluvia, la gran parada de todas las fuerzas de la plaza que debía revistar el general Dulce, continuaron los tiroteos y alborotos en diversos lugares de la ciudad, con su secuela de heridos y muertos, entre estos últimos el famoso retratista Cohner, fusilado en la calle por el gravísimo delito de haberse negado a contestar el "viva España con honra", a que quisieron obligarlo los voluntarios, por alegar áquel: "soy ciudadano americano; sólo debo dar vivas a mi nación".

Para que se comprenda mejor el estado sedicioso en que se encontraban los voluntarios, ebrios de sangre, cualquiera que ésta fuera, bástenos decir que los muertos y heridos ocasionados por el ataque al El Louvre, ~~El Louvre~~ fueron todos peninsulares, infelices empleados o vecinos que inocentemente refrescaban en aquel lugar: ni un solo cubano; aunque, desde luego, después sí cayeron numerosos cubanos, víctimas de los atropellos y desmanes de los celosos defensores del orden y la tranquilidad pública.

PATRIMONIO DOCUMENTAL
OFICINA DE HISTORIA DE LA HABANA

Exacerbado aun más los ánimos de los voluntarios, los pertenecientes al tercero y quinto batallón y al de Ligeros se dirigieron esa misma noche a la casa que en la calle de Estrella, al costado del palacio de Aldama, poseía el rico cubano Leonardo Delmonte, en busca de un cargamento de armas que suponían se encontraba allí depositado. X
 Echaron abajo las puertas, y, efectivamente, encontraron las armas; pero armas antiguas: una valiosísima colección, que poseía Delmonte, formada a través de largos años y crecidos desembolsos, armas del Japón, de la India, armas normandas del tiempo de Guillermo I, armas de los primeros Incas. Saquearon la casa, destruyeron o se robaron las armas; destrozaron numerosos cuadros, obras maestras de pintores antiguos y americanos, copias del Correggio, Miguel Angel y otros maestros; robaron las joyas que encontraron en los escaparates y se bebieron los ricos vinos de la bodega de Delmonte. Antes de retirarse maltrataron a una anciana criada inglesa, despojándola de 100 duros de ahorros, ~~minimamente~~ y a una muchacha de color, ausentes como se encontraban los dueños, en su finca.

Desde luego que el historiador Gelpi acusa a los cubanos como provocadores de estos hechos. "De sus clubs secretos - dice/salían agentes pagados que a su vez distribuían armas y dinero a perturbadores del orden y asesinos de todas condiciones y raza durante algunos días reinó en la capital de la Isla de Cuba la más completa anarquía, los salvaguardias, serenos, celadores y comisarios tenía a cada rato que disolver grupos, exponiéndose a ser heridos alevosamente. Tan pronto unos cuantos hombres de color atacaban y herían a un voluntario o un soldado cuando más descuidado estaba, como de los balcones, de las ventanas y desde las azoteas se disparaban tiros sobre los españoles que armados o desarmados pasaban por las calles...El día 24 por la maña-

na ya empezaron los asesinos a disparar tiros desde las ventanas y azoteas: más tarde se habló de algunos muertos y heridos". Pero el propio historiador se ve obligado a reconocer que los voluntarios se tomaron la venganza - si es que existió la provocación ^{Cubana} por sus manos, pues agrega: "Al anochecer aumentó la alarma y desde los coches, como en las noches anteriores, los asesinos disparaban sus revolvers. Entonces fué cuando muchos jóvenes de los cuerpos de voluntarios resolvieron tomar las armas, recorrer las calles y castigar ~~una~~ a los que les hicieron fuego". No actuaban por ^{orden} ~~orden~~ superior, sino por propio impulso, careciendo, por tanto, de toda autoridad y función policiaca o militar; a tal extremo que el general Dulce se vió forzado a sacar de los cuarteles y de los navíos a las fuerzas regulares de mar y tierra para reprimir ~~los~~ los excesos de los voluntarios.

De la casa de Delmonte se lanzaron los voluntarios al asalto y saqueo del palacio de Aldama. ¿Pretexto? Un tiro, que ni el historiador Gelpi se atreve a afirmar que fué en realidad disparado desde las azoteas, limitándose a relatar: "De sus azoteas se dijo que había salido un tiro cuya bala pasó cerca de una partida de voluntarios que pasaban por la calle".

La verdadera causa del asalto la dá el mismo Gelpi, en seguida. Aglomerados los voluntarios frente al palacio de Aldama, se indignaron por los recuerdos que dicho palacio despertaba en sus corazones españoles: "Todos recordaban que el gran palacio había sido edificado por el mal español hacia un cuarto de siglo, cuando contaba que su hijo sería el presidente de la República: todos recordaban que por espacio de 25 años la gran fortuna de los Aldama padre e hijo, sólo había ~~servido~~ servido para proporcionar recursos a los enemigos de

España... No necesitamos explicar el ^{por qué} ~~momento~~ aquella multitud indignada quiso reconocer la gran casa y cómo se rompió un sofá y un espejo".

A estos simples defectos limita Gelpi los destrozos causados en casa de Aldama por los voluntarios; pero es lo cierto que deserrajaron escaparates, rasgaron con sus sables los cuadros de valor, despedazaron espejos, rompieron los muebles, incendiaron las cortinas y se entregaron al robo y al pillaje hasta que los dispersó la tropa de línea mandada, al efecto, por el general Dulce. Ya vimos que los mantenedores de la "España con honra", o sean los voluntarios, atribuían a Dulce una que consideraban dolosa ~~amistad~~ y antipatriótica amistad con la familia de Aldama: un motivo más, éste, para acrecentar la indignación de los voluntarios contra el insigne patricio habanero.

Como la de Delmonte, la familia de Aldama, se libró de la furia de los voluntarios, por encontrarse ese domingo, al igual que todos los días festivos, en su ingenio Santa Rosa, donde recibieron la noticia y la amenaza de atacar a esta finca y a sus moradores, viéndose obligada la familia de Aldama a abandonar la Isla, dirigiéndose a Nueva York, donde fué designado Miguel Aldama para dirigir la Agencia General, en representación del Gobierno de la ^Revolución.

Justo Zaragoza y Antonio Pirala, en sus respectivas historias, censuran con dureza el asalto y saqueo del palacio de Aldama, reconociendo la falsedad de las acusaciones que como causas justificativas, propalaron los voluntarios.

Y también condenó esos atentados y disturbios el capitán general Dulce, llamando a los jefes de voluntarios para expresarles su disgusto y enviando el 30 de enero al ~~Ministro~~ de Ultramar el siguiente

cablegrama: "Los gobernadores militar y político, después de grandes esfuerzos, lograron que el fuego se suspendiera; pero no evitar que un grupo penetrara en las habitaciones de la casa de Aldama y cometiese excesos que ha condenado siempre el buen sentido y no disculpa nunca la vehemencia del patriotismo. El Gobernador Civil pasó al fin término a aquella ~~escena~~ ^{escena} vandalesca".

Pero, como refiere Pirala, en la carta en que Dulce amplía este cablegrama, no obstante ratificarlo, en un párrafo presenta a los cuerpos de voluntarios "como los mejores defensores de la patria". ¿A qué se debía esa contradicción? A la debilidad de carácter de Dulce y a la presión incontenible que sobre él ejercían los voluntarios, hasta llegar a convertirlo en juguete de sus pasiones y desafueros, no encontrándose con fuerza y autoridad suficientes para imponérseles, teniendo que tolerar sus desplantes y los ataques que le dirigían a fin de sostenerse en el cargo, hasta que, pocos meses después, se vió obligado a renunciar, víctima de un pronunciamiento de los cuerpos de voluntarios que amotinados demandaban su destitución.

Pero antes, Dulce ensayó inútilmente las medidas represivas contra los cubanos sospechosos de laborantismo o ~~simpatizantes~~ de simpatías con los revolucionarios que luchaban en la manigua, ^{prodigando} ~~procurando~~ las deportaciones, las confiscaciones, los fusilamientos y la orden de matar a los prisioneros de guerra. Como dice Enrique Piñeyro en su estudio sobre José Morales Lemus, "hubiera Dulce quizás preferido no prestarse, no ceder a las ~~amenazas~~ conminaciones de los voluntarios; pero impotente, sin tropas regulares (pues los voluntarios hacían despachar al campo inmediatamente las que llegaban de España, para dominar solos la ciudad), obedeció, prostituyó su autoridad, lo cual no evitó que luego se la arrancaran y lo expulsaran ignominiosamente".